

manejara ocasionalmente la alada, por unos cuantos minutos, para que las pobres gentes se entusiasmen y lo admiraran.

Centenares de fotografías, previamente citadas, tomaran fotografías del Presidente armado de su azada; y en miles de periódicos aparecía la noticia de que el señor Wilson ha empunado un tazo instrumento de trabajo . . . por unos cuantos minutos y por ostentación.

Pero nadie se fija en que lo que Wilson hace por afán de exhibición y de popularidad, lo practican millones de seres humanos todos los días, de sol a sol, en tareas empujadas para producir las riquezas que los que empunan la azada por unos cuantos minutos y ocasionalmente, han de derrochar en extravagancias y asprichos.

En fin, que siga la farza, que día llegara en que los señores que hoy nos alientan para que nos deslomoemos, todran que empunan, esa vez sí en serio, los toscos instrumentos de trabajo que hoy manejan por mera ostentación.

R. F. M.

mayores salarios.

Pero de todas estas otras huelgas, la que se ha hecho más notable y la que está originando mayores angustias para los burgueses y las autoridades, es la de los trabajadores del campo que, con su decisión de no trabajar más si no se les paga mejor. amenaza causar que las grandes cosechas de betabel de azucar se caen a perder.

En efecto, de no hacer los mexicanos ese trabajo fatigoso y mal retribuido, no serán los burgueses ni sus perros de presa esclavizados, los que se remanguen los puños de la camisa y se dediquen, siquiera por una vez en sus vidas holgazanas de parásitos sociales, a trabajar en algo útil. Pruébalo si no, el hecho de que ya hasta se piensa hacer que los muchachos de la Escuela Alta de Van Nuys y otras, sean los llevados a desempeñar ese trabajo que los catorce mil huelguistas mexicanos trabajadores de campo se niegan a hacer si no son aceptadas sus demandas.

Para salvar la situación, las autoridades, los burgueses y sus aliados, no solamente tienen el plan de explotar los brazos de los muchachos escolapios, sino que aun piensan también ejercer violencia sobre los huelguistas, creyendo que los proletarios mexicanos continúan siendo como antes, bestias pasivas de carga, incapaces de pensar y de comprender que también ellos son seres humanos, con mayor derecho que los burgueses y sus perros a gozar del producto de su trabajo, puesto que el proletario lo produce todo, mientras que el amo y su familia jamás ennoblecen sus manos criminales en producir algo útil.

La burguesía y sus lacayos escriben, para justificar cualquier acto de violencia en el futuro, propalan en su prensa mercenaria alarmantes noticias de que la

huelga, que no tiene más origen que el robo descarado que de su trabajo se hace víctima a los trabajadores, es un movimiento de conspiradores alemanistas. De esta manera, con el espantajo alemán, erren engañar al público y poder atropellar a los huelguistas con impunidad.

Pero si el objeto de los burgueses y sus perros es ejercer violencia sobre los proletarios mexicanos huelguistas no conseguirán más que complicar la situación. El proletario mexicano de hoy, gracias a la Revolución Social que desde hace más de seis años ha venido sembrado el pánico entre los sostenedores de las instituciones burguesas en México, ha adquirido la suficiente conciencia de clase para resentir cualquier ataque violento sobre sus personas.

Que los burgueses y las autoridades se atrevan a levantar un fusil a la altura de la cabeza de un proletario mexicano . . . y estoy seguro de que miles de fascistas proletarios se levantarán sostenidos por las viriles manos de los desheredados.

De hoy más, con el proletario mexicano hay que ser razonable y juicioso, si se quiere evitar un conflicto de muy fatales consecuencias para la burguesía. El mexicano proletario de hoy, no es ya la bestia pasiva de antes, la que la burguesía manejaba a puntapiés y el polizone a garrotazos. Hoy tiene conciencia de ser hombre, y ¡guay! del empuje que pretende atropellarlo.

El proletario mexicano de hoy es respetuoso de los derechos de los demás y es gente pacífica; pero si se le provoca, sabe contestar a los golpes con golpes, a la violencia con violencia. ¡Cuidados, señores burgueses y autoridades, que el imperio de vuestras brutalidades de antes ha terminado!

ENRIQUE FLORES MAGON.

ra suficiente para que todos puedan vivir contentos y libres, sin pensar en expansiones. Lo único que se necesita es tener el valor de arrebatarla de las manos de los ricos.

RICARDO FLORES MAGON.

En Seattle.

Otro drama social, parecido al que se desarrolla en San Francisco, Cal., en el caso de los Mooney y compañeros, se está llevando a cabo en Seattle, Wash., donde actualmente se tienen en el banquillo de los acusados a 74 trabajadores, miembros de la organización obrera I. W. W.

Como en San Francisco, esos hermanos de Seattle están siendo víctimas de la represión de la burguesía que quiere ahogar con la sangre generosa de los proletarios conscientes el ideal de emancipación de la clase trabajadora, y como en San Francisco, para llevar a cabo sus negros propósitos, la burguesía y sus corruptas autoridades sobornan testigos, falsifican pruebas y no se detienen en cometer crimen alguno que pueda servirles para llevar a la hora a esos honrados trabajadores que no cometieron otra falta que la de ir con las manos vueltas a Everett, el domingo 5 de Noviembre de 1916.

En ese día fatal, y a bordo del vapor Verona, más de cien trabajadores llegaron a Everett para hacer uso de su derecho de hablar; pero encontraron que la libertad de palabra, como en Rusia, como en México, como dondequiera que el ser humano comete la estupidez de admitir gobierno alguno sobre sus hombros, es una libertad escrita solamente en libros apolillados e inservibles llamados Constitución; y en vez de bailar la libertad deseada para expresar sus pensamientos a sus demás hermanos de clase, se encontraron con el atrozadero de Everett poblado de esbirros brutales que sin trémulas de ningún género, rompieron fuego gritando sobre los trabajadores I. W. W., desde el atracadero y desde un bote que se encontraba en el mismo muelle, cargado también de perros del capital. Cogidos a dos fuegos, la matanza fué bárbara entre los viajeros del Verona, entre todos los cuales no había ni media docena de armas con qué castigar a la canalla policía.

Se ve, pues, que nuestros hermanos I. W. W. fueron víctimas de una emboscada de los burgueses y sus lacayos, y que si algún crimen cometieron nuestros infortunados hermanos, fué el de no prevenir la clase de canalla que podría encontrarlos y no haber ido, por lo tanto, preparados a vender caras sus vidas.

El fuego de los esbirros no solamente hizo efecto entre los trabajadores, sino que también mató e hirió a otros esbirros, a causa de que el fuego era cruzado.

Tal circunstancia de haber resultado muertos y heridos algunos de los perros, entre ellos el bandido que los encaberraba, ha sido aprovechada por la burguesía, para acusar a los 74 de nuestros hermanos I. W. W. de haber sido los asesinos de esos policías; y para apoyar su acusación, se ha recurrido a las mismas tácticas que en San Francisco se han empleado para mandar por vida a prisión a Billings y a la hora a Mooney. La burguesía y sus autoridades jamás se detienen en cometer crimen alguno para asegurar el reinado de su tiranía y explotación; pero aun hay imbéciles que se horrorizan al pensar en lo que será de los seres humanos si no hubiera gobierno que nos "proteja" ni ricos que nos hagan la merced de explotarnos.

El primero de los I. W. W. acusados, Thomas H. Tracy, se encuentra actualmente ante el juez; y contra que se han probado durante este jurado muchos chicanos, injusticias y demás porquerías que anhen hacer los imparitidores de la llamada justicia, no tengo fe alguna en que realmente se haga justicia a Tracy ni a ninguno de sus compañeros, porque bien sé, por propia y larga experiencia y por observación, la farza que esos jurados son; pero de los cuales debemos aprovecharnos los rebeldes, para probar con he-

chos, para lo que sirve la autoridad y abrir los ojos a los cándidos que aún creen en la justicia burguesa, y por el avance de la propaganda, como admirable y virilmente lo están haciendo nuestros hermanos I. W. W. durante este proceso.

Bajo el presente sistema capitalista, desengañados, hermanos proletarios, no hay justicia; y menos para los pobres.

ENRIQUE FLORES MAGON.

Matthew A. Schmidt.

La criminal justicia burguesa reclama otra víctima. El 16 de este mes, fué negada a Mateo A. Schmidt la apelación que había interpuesto pidiendo nuevo jurado a causa de las irregularidades habidas durante su proceso. El Tribunal de Apelaciones, como tiene que suceder siempre que se trate de trabajadores conscientes, y para mayor "crimen", activos en la propaganda por la emancipación del proletariado, ha confirmado la injusta sentencia del juez inferior; con lo que Mateo queda condenado a pasar el resto de su vida entre las cuatro paredes de un calabozo de la Penitenciaría de San Quintín.

Mateo, un joven vigoroso y lleno de vida, a pesar de que lleva ya más de dos años de estar sepultado en los calabozos de la Cárcel del Condado de esta ciudad, es un ad-

mirable ejemplar de rebelde. Hermoso por su espíritu rebelde en Mateo, y de estar libre; peunante servileces valicos; continuaria prestando a la causa de los pobres.

Pero acusado de la voladura del edificio del asqueroso libelo del renocionario "General" Otis, el "Times", de esta ciudad, ha sido condenado, con los mismos métodos que Billings y Mooney lo han sido en San Francisco, a cadena perpetua; y el Tribunal de Apelaciones, que es otro enueto de la clase capitalista, ha encontrado buena la sentencia.

¡Ah, parásitos malditos de la clase productora! Seguid haciendo estragos en las filas de los trabajadores; pero no olvidéis que para cada perro hay garrote. . . Las injusticias que cometéis, aproximadas al día santo de las reivindicaciones populares.

Vosotros, con vuestros desmanes y arbitrariedades, precipitáis el día en que la masa imbécil de hoy tenga conciencia mañana, para que entonces sepa hacer justicia sumaria. . .

Apresadnos, asesínadnos si queréis; pero cada cabeza de las vuestras costará cien de las vuestras el bello día de las represalias que vosotros mismos, imbéciles, forzáis a venir.

ENRIQUE FLORES MAGON.

lanquiste dado en el American Luncheon Club, de Londres. La comida ha sido abundantemente rociada con vino hecho por proletarios para regalo exclusivo de patladores distinguidos, y, naturalmente, las mentes están exaltadas y los mayores disparates afluyen a los labios. Dice Lloyd George: "Los Estados Unidos de América. . . nunca han emprendido una guerra que no haya tenido por objeto la libertad." Apura su copa de champaña, y continúa disparando de esta guisa: "El hecho de que los Estados Unidos se hayan decidido a dar este paso, —el de la declaración de guerra, — hace ver al mundo con toda claridad que esta guerra es una gran lucha por la libertad humana."

México, despojado de la mitad de su territorio; Colombia, desmembrada de Panamá; Nicaragua, ultrajada; Cuba, forzada a vestir la librea del lacayo; Santo Domingo, aplastado; Puerto Rico, en tutela; y Filipinas mantenido, muestran con toda claridad al mundo, que la burguesía americana lucha por la libertad.

Casi al mismo tiempo que Stephens hablaba en San Francisco y Lloyd George en Londres, el Presidente Municipal de la importante ciudad de Oakland, California, expedía un ukase que no se habría atrevido a firmar ni el mismo Nicolás II de Rusia. He aquí parte del jugoso decreto del Czar californiano: "A menos que los ciudadanos de esta ciudad respondan inmediatamente al llamado que se les hace de manifestar su lealtad a este país, y a menos de que los agitadores que están procurando contrarrestar las órdenes de nuestro gobierno, pongan fin a su actividad, serán todos arrestados e internados como enemigos de nuestra patria."

¡Podrá usted negar, señor Stephens, que los rescoldos de la libertad están apagados y bien apagados en esta "libre" América?

C. C. Quekett, presidente de la Bolsa de Londres, envió un cablegrama a H. G. S. Noble, presidente de la Bolsa de Nueva York, en señal de júbilo por la entrada de los Estados Unidos a las filas, según el cablegrama, "de las naciones empeñadas en la más grande lucha por la libertad que el mundo ha presenciado." Naturalmente, Noble contesta a su colega de explotación, manifestando, palabras textuales, "regocijo de que las dos naciones, Estados Unidos e Inglaterra, vayan a estar unidas en esta gran guerra."

Y es tanto mayor su regocijo, cuanto que no son ellos los que van a arregar el pellejo, que si asfueran, no les alcanzaría, para usos reservados, el papel que gastan en felicitaciones. Afortunadamente para los verdugos de la especie humana, todavía hay muchos ciegos listos a degollarse en beneficio de los que los explotan y los oprimen.

En la Edad Media, los clérigos achicharraban a las gentes, como muestra de caridad evangélica y amor al prójimo. Hoy, los mismos clérigos, — y al decir clérigos me refiero a los sacerdotes de todas las religiones, — le rozan a su Dios, para que éste, con su inagotable bondad, dé buena puntería a los hombres de un país, para que maten con mayor facilidad a los hombres que no tienen más culpa que haberles tocado venir al mundo fuera de los límites de la patria. El domingo 15 de este mes, se celebraron misas en todas las iglesias católicas de Nueva York, por orden del Cardenal Farley, para que Dios bendiga las armas americanas y les dé la victoria.

Como es preciso amarnos los unos a los otros; como el Decálogo ordena: ¡no matarás! como hay que ser humildes y en todo caso volver el rostro para recibir por duplicado el bofetón que se ha recibido en una mejilla; como hay que ver en cada hombre un hermano, puesto que todos somos hijos de Dios, y a la ofensa que recibamos, debemos oponer bondad y dulzura, ya que hay que pagar

NOTAS AL VUELO.

PRIMERAS VICTIMAS.

Nuestro querido colega italiano "L'Era Nuova", semanario anarquista publicado en Paterson, N. J., es el primer periódico asogotado por la represión del régimen militarista imperante actualmente en este país con motivo del estado de guerra existente entre Estados Unidos y Alemania.

Franz Widmar y Joseph Macase son los primeros camaradas víctimas de tal represión. El 7 del presente mes, una horda de politicos cayó sobre las oficinas del colega referido arrestando a Widmar y a Macase, acusados de imprimir y circular literatura sediciosa ("L'Era Nuova") y de citar a un millón monstruo en contra de la guerra.

Crimen es, actualmente, decir que la guerra es el producto de la ambición de los grandes bandidos de la banca y del comercio; urticen es ahora decir que los que vayan a hacerse matar en la guerra, lo harán para el provecho de esos admirados y de los parásitos que sostienen el sistema de los salmos; crimen es decir que el trabajador nada tiene que ganar en esta guerra; crimen es decir que la guerra es solamente para conquistar mayores riquezas para los vampiros sociales y humdrir a las masas proletarias en un estado peor de hambre y de miseria; crimen es hoy hacer comprender a los pobres que no tienen patria alguna que defender, puesto que los dueños de la patria son los ricos que lo poseen todo; crimen es actualmente decir que antes que ir a la guerra, los proletarios deberían ir a la revolución que impide la guerra; crimen es ahora hacer ver a los trabajadores que sus propios intereses son contrarios a los intereses de sus amos; crimen gravísimo es hoy hablar a los trabajadores de sus derechos de clase.

Y esos crímenes han sido cometidos por nuestros camaradas Francisco Widmar y José Macase, redactores de "L'Era Nuova", y la llamada Justicia no ha podido menos que caer sobre ellos.

"L'Era Nuova" es el primer periódico que tiene el honor de atraerse las iras de la burguesía yankee y de sus lacayos de estrella. Otros seguiremos. Pero tengan entendido los de arriba que es espada de dos filos la de la represión.

La represión es soportada por los pueblos hasta cierto momento, en el que la desesperación los forza a destruir a Czares y levantar las barricadas y guillotinas de 93.

Mal comienza esta burguesía. ¡Peor para ella!

ENRIQUE FLORES MAGON.

El seimete carrancista amenaza terminar en tragedia; pero lo malo es que en esta tragedia sea el pueblo mexicano el chivo expiatorio.

El carrancismo está perdido. Amenazado por la Revolución en todos sentidos, trata una vez más de atraerse las simpatías populares explotando el sentimiento de las masas.

Ayer, cuando se vió perdido; cuando comprendió que si no explotaba el sentimiento popular contra la burguesía, su muerte era segura, no vaciló en jugar el radicalismo, y sus prohombres hasta llegaron a predicar el anarquismo. Las iglesias fueron convertidas en centros obreros; la prensa carrancista hacía furiosa propaganda obrera; periódicos semianarquistas fueron costeados por el tesoro del gobierno; hasta se fundó una Escuela Moderna en la ciudad de México, y a su inauguración asistieron, con carácter oficial, personajes del carrancismo.

El zapatismo ponía las tierras a disposición de las peonadas, y el carrancismo no quiso quedarse atrás; él también dió tierras a varios pueblos, a unos cuantos, los necesarios solamente para poder mostrar al proletariado que él también era amigo de los pobres; pero cuidándose muy bien de no generalizar la prácticas.

Pasó el tiempo. Los trabajadores se convencieron del engaño carrancista y ya nadie tuvo fe en la bandera de la Constitución. Los obreros que habían luchado en el campo económico para conquistar su bienestar, estaban en la cárcel, y otros habían sido sentenciados a muerte. El derecho de huelga se había considerado como delito. Las Casas del Obrero habían sido desahojadas de los suntuosos edificios que al principio ocuparon, y las cosas todas tomaron el sombrío aspecto que ostentaban bajo la dictadura de Porfirio Díaz.

La última elección de Carranza, fué una repetición de las faras electorales del porfirismo. La ilusión se desvaneció, y el pueblo recobró su simpatía al carrancismo.

Ahora, ya no puede el carrancismo recurrir a la engaifa de jugar

al radicalismo, porque ya nadie le creería, y trata de explotar alguna pasión popular que ponga a las masas a su disposición.

Esa pasión es el patriotismo. Ante la ruina próxima de su reinado, el carrancismo no se tonta el corazón para arrastrar al pueblo mexicano al conflicto internacional. Estudiando todos los datos sueltos que circulan por aquí y por allí, se llega a descubrir que el carrancismo está aliado con Alemania para hacer la guerra a los Estados Unidos. Obrando así, el carrancismo espera que todo el pueblo empuñará la bandera constitucionalista; las ansias revolucionarias serán sustituidas por ardores de conquista y deseos de venganza, y la caída inevitable de la funesta camarilla que dará aplazada indefinidamente.

Bastará, según los sueños carrancistas, con desarrollar ante la vista de los patriotas la perspectiva de una fácil ocupación de Texas, Nuevo México, Arizona, California y demás territorios arrebatados a México en el 47, para que las masas enloquecidas empuñen la bandera tricolor y se lancen a la reconquista de la tierra perdida.

Nosotros confiamos en que el pueblo pobre, el proletariado, tendrá la necesaria sensatez para no dejarse arrastrar a esa loca aventura. Nada tiene que ganar el pobre en una guerra de conquista. Suponiendo que el carrancismo, con la ayuda de Alemania, pudiera apoderarse del territorio que México perdió en otro tiempo, ¿qué ganaría con ello el proletariado? Las tierras, las casas, las minas, las fundiciones, las fábricas, los ferrocarriles, todo en suma, seguiría siendo la propiedad de la burguesía, de la misma manera que lo es ahora, y el pueblo pobre continuaría siendo el macho de carga del rico como lo es ahora.

No; el pueblo mexicano debe desoir los cantos de las sirenas patriotas y continuar su obra revolucionaria que es lo que se pretende destruir avivando sentimientos de revancha. Con la conquista de nuevos territorios para sus amos, nada ganará. En México hay tie-

El radicalismo, porque ya nadie le creería, y trata de explotar alguna pasión popular que ponga a las masas a su disposición.

Esa pasión es el patriotismo. Ante la ruina próxima de su reinado, el carrancismo no se tonta el corazón para arrastrar al pueblo mexicano al conflicto internacional. Estudiando todos los datos sueltos que circulan por aquí y por allí, se llega a descubrir que el carrancismo está aliado con Alemania para hacer la guerra a los Estados Unidos. Obrando así, el carrancismo espera que todo el pueblo empuñará la bandera constitucionalista; las ansias revolucionarias serán sustituidas por ardores de conquista y deseos de venganza, y la caída inevitable de la funesta camarilla que dará aplazada indefinidamente.

Bastará, según los sueños carrancistas, con desarrollar ante la vista de los patriotas la perspectiva de una fácil ocupación de Texas, Nuevo México, Arizona, California y demás territorios arrebatados a México en el 47, para que las masas enloquecidas empuñen la bandera tricolor y se lancen a la reconquista de la tierra perdida.

Nosotros confiamos en que el pueblo pobre, el proletariado, tendrá la necesaria sensatez para no dejarse arrastrar a esa loca aventura. Nada tiene que ganar el pobre en una guerra de conquista. Suponiendo que el carrancismo, con la ayuda de Alemania, pudiera apoderarse del territorio que México perdió en otro tiempo, ¿qué ganaría con ello el proletariado? Las tierras, las casas, las minas, las fundiciones, las fábricas, los ferrocarriles, todo en suma, seguiría siendo la propiedad de la burguesía, de la misma manera que lo es ahora, y el pueblo pobre continuaría siendo el macho de carga del rico como lo es ahora.

No; el pueblo mexicano debe desoir los cantos de las sirenas patriotas y continuar su obra revolucionaria que es lo que se pretende destruir avivando sentimientos de revancha. Con la conquista de nuevos territorios para sus amos, nada ganará. En México hay tie-

La friolera de cien mil dólares ha pagado el gobierno en banderitas que sus empleados civiles y militares deben ostentar en el ojal de la solapa.

Mientras se derrocha patrióticamente el oro que se hacen sudar al pueblo, centenares de miles de seres humanos desfallecen de hambre en las barridas pobres de las grandes ciudades.

William D. Stephens, gobernador de California, masa furiosamente un budoque de tabaco que le obstruye la boca, y dice entre dientes: "Esta es una guerra del pueblo. Ningún tirano, ningún autócrata nos ha empujado a tomar las armas." Toma resuello; el budoque se desliza hasta la campanilla; su señoría tose, y colorado como un tomate, concluye de este modo: "Nuestro Presidente y el Congreso, al declarar la guerra, han hablado con la autoridad legítima de un millón de voces."

¿Una guerra del pueblo? ¿Cuánto apuesta su mereced, a que si tomamos su parecer sobre la guerra a todos los habitantes de los Estados Unidos, no estarán a favor de ella más que los bandidos de Wall Street?

Stephens golpea con la mano derecha cota puño, la palma de la izquierda, con de muy buen gusto en la oratoria americana; da talónazos en la plataforma, que se tambalen una elegante oratoria, y dando dentelladas al budoque, de maderas, grita: "Estamos reunidos esta noche, para renovar nuestra lealtad, y para ofrendar nuestras vidas, si es preciso, por la protección y seguridad de nuestra patria."

Se escuchan risas; algunos del auditorio codean maliciosamente a sus vecinos; otros tosen para disminuir el aspecto festivo de sus semblantes que no cuadra con la "seriedad" del acto, y por las risas, los codeos y las fingidas toses, se descubre que ninguno de esos señores orendará su vida por la patria. ¡Es natural! ¡Son los miembros de la Cámara de Comercio de San Francisco, a quienes Stephens dirige la palabra!

Stephens no se inmota, como que a él mismo le retoza la risa; pero para no soltar la carejada, se acerca con los talones la alfombra de la plataforma, da tres o cuatro energías mastucadas al famoso budoque, y dice, al parecer muy formal: "Estamos en guerra; pero no una guerra de conquista ni de odio. Es una guerra por un principio: el principio de la verdadera libertad."

Y tiene que apristar vigorosamente las mandíbulas, para que no se

escape la indiscreta carejada que le cosquillea el cogote. El auditorio parece atacado del mal de San Vito, como que ya es mucho caso de asegurar que una guerra a favor de los opresores, sea una guerra por la libertad.

El orador tiene que hacer una pausa; el auditorio rasmasse la debida compostura, aunque para perdería casi inmediatamente al resonar en el salón estas palabras, que para los del mitin, tienen la misma gracia que los cascabeles de un circo: "La flama de la libertad puede haber palidecido un tanto durante nuestra larga era de paz; pero de su vivo rescoldo se espasce esta noche una luz intensa sobre toda nuestra patria, tan intensa en este Estado glorioso, como en todos los demás de la Unión."

Unos se guían el ojo; otros codean las costillas del vecino, y el mal de San Vito vuelve a atacar al entero auditorio, cosa que se explica si se tiene en cuenta que no sólo ha palidecido la tal flama durante la paz, sino que se apagó por completo y continuará apagada por quién sabe cuánto tiempo más.

Rangel, Caplan, Schmidt, Ford, Suhr, Mooney y muchas mártires más, son el testimonio elocente de que la libertad no existe en esta "libre" América.

El orador tiene que hacer una nueva pausa, hasta que la seriedad vuelve a reinar en el regocijado auditorio; pero la seriedad y la compostura no duran ni el tiempo necesario para que el orador diga una frase corta, pues la siguiente frase es ahogada esta vez por una explosión de homéricas carejadas: "Todos debemos avanzar nuestro pecho y estar listos a soportar todos los sacrificios y a afrontar todas las penalidades. . ."

Las risotadas ahogaron el resto del discurso, porque cada uno de los asistentes, dueño por obra y gracia de las uñas y de la ley protectora de las uñas largas, de caudales fabulosos, encontró chiste en imagnaguarse marchando militarmente, de sobete y de levita, con el fusil al hombro, el abultado vientro huleudo una canana repleta de parque y comiendo rancho, como si se tratara de un pobre diablo cualquiera, de un proletario, que es el único que está obligado a sufrir miseria, hambre y fatigas en provecho de sus amos.

¡Quéima que la hilaridad general, hubiera impedido al cronista tomar nota de todo el discurso del gobernador Stephens.

Lloyd George, el primer ministro del gobierno británico, habla en un

escape la indiscreta carejada que le cosquillea el cogote. El auditorio parece atacado del mal de San Vito, como que ya es mucho caso de asegurar que una guerra a favor de los opresores, sea una guerra por la libertad.

El orador tiene que hacer una pausa; el auditorio rasmasse la debida compostura, aunque para perdería casi inmediatamente al resonar en el salón estas palabras, que para los del mitin, tienen la misma gracia que los cascabeles de un circo: "La flama de la libertad puede haber palidecido un tanto durante nuestra larga era de paz; pero de su vivo rescoldo se espasce esta noche una luz intensa sobre toda nuestra patria, tan intensa en este Estado glorioso, como en todos los demás de la Unión."

Unos se guían el ojo; otros codean las costillas del vecino, y el mal de San Vito vuelve a atacar al entero auditorio, cosa que se explica si se tiene en cuenta que no sólo ha palidecido la tal flama durante la paz, sino que se apagó por completo y continuará apagada por quién sabe cuánto tiempo más.

Rangel, Caplan, Schmidt, Ford, Suhr, Mooney y muchas mártires más, son el testimonio elocente de que la libertad no existe en esta "libre" América.

El orador tiene que hacer una nueva pausa, hasta que la seriedad vuelve a reinar en el regocijado auditorio; pero la seriedad y la compostura no duran ni el tiempo necesario para que el orador diga una frase corta, pues la siguiente frase es ahogada esta vez por una explosión de homéricas carejadas: "Todos debemos avanzar nuestro pecho y estar listos a soportar todos los sacrificios y a afrontar todas las penalidades. . ."

Las risotadas ahogaron el resto del discurso, porque cada uno de los asistentes, dueño por obra y gracia de las uñas y de la ley protectora de las uñas largas, de caudales fabulosos, encontró chiste en imagnaguarse marchando militarmente, de sobete y de levita, con el fusil al hombro, el abultado vientro huleudo una canana repleta de parque y comiendo rancho, como si se tratara de un pobre diablo cualquiera, de un proletario, que es el único que está obligado a sufrir miseria, hambre y fatigas en provecho de sus amos.

¡Quéima que la hilaridad general, hubiera impedido al cronista tomar nota de todo el discurso del gobernador Stephens.

Lloyd George, el primer ministro del gobierno británico, habla en un

ARGUCIAS CARRANCISTAS.

El seimete carrancista amenaza terminar en tragedia; pero lo malo es que en esta tragedia sea el pueblo mexicano el chivo expiatorio.

El carrancismo está perdido. Amenazado por la Revolución en todos sentidos, trata una vez más de atraerse las simpatías populares explotando el sentimiento de las masas.

Ayer, cuando se vió perdido; cuando comprendió que si no explotaba el sentimiento popular contra la burguesía, su muerte era segura, no vaciló en jugar el radicalismo, y sus prohombres hasta llegaron a predicar el anarquismo. Las iglesias fueron convertidas en centros obreros; la prensa carrancista hacía furiosa propaganda obrera; periódicos semianarquistas fueron costeados por el tesoro del gobierno; hasta se fundó una Escuela Moderna en la ciudad de México, y a su inauguración asistieron, con carácter oficial, personajes del carrancismo.

El zapatismo ponía las tierras a disposición de las peonadas, y el carrancismo no quiso quedarse atrás; él también dió tierras a varios pueblos, a unos cuantos, los necesarios solamente para poder mostrar al proletariado que él también era amigo de los pobres; pero cuidándose muy bien de no generalizar la prácticas.

Pasó el tiempo. Los trabajadores se convencieron del engaño carrancista y ya nadie tuvo fe en la bandera de la Constitución. Los obreros que habían luchado en el campo económico para conquistar su bienestar, estaban en la cárcel, y otros habían sido sentenciados a muerte. El derecho de huelga se había considerado como delito. Las Casas del Obrero habían sido desahojadas de los suntuosos edificios que al principio ocuparon, y las cosas todas tomaron el sombrío aspecto que ostentaban bajo la dictadura de Porfirio Díaz.

La última elección de Carranza, fué una repetición de las faras electorales del porfirismo. La ilusión se desvaneció, y el pueblo recobró su simpatía al carrancismo.

Ahora, ya no puede el carrancismo recurrir a la engaifa de jugar

al radicalismo, porque ya nadie le creería, y trata de explotar alguna pasión popular que ponga a las masas a su disposición.

Esa pasión es el patriotismo. Ante la ruina próxima de su reinado, el carrancismo no se tonta el corazón para arrastrar al pueblo mexicano al conflicto internacional. Estudiando todos los datos sueltos que circulan por aquí y por allí, se llega a descubrir que el carrancismo está aliado con Alemania para hacer la guerra a los Estados Unidos. Obrando así, el carrancismo espera que todo el pueblo empuñará la bandera constitucionalista; las ansias revolucionarias serán sustituidas por ardores de conquista y deseos de venganza, y la caída inevitable de la funesta camarilla que dará aplazada indefinidamente.

Bastará, según los sueños carrancistas, con desarrollar ante la vista de los patriotas la perspectiva de una fácil ocupación de Texas, Nuevo México, Arizona, California y demás territorios arrebatados a México en el 47, para que las masas enloquecidas empuñen la bandera tricolor y se lancen a la reconquista de la tierra perdida.

Nosotros confiamos en que el pueblo pobre, el proletariado, tendrá la necesaria sensatez para no dejarse arrastrar a esa loca aventura. Nada tiene que ganar el pobre en una guerra de conquista. Suponiendo que el carrancismo, con la ayuda de Alemania, pudiera apoderarse del territorio que México perdió en otro tiempo, ¿qué ganaría con ello el proletariado? Las tierras, las casas, las minas, las fundiciones, las fábricas, los ferrocarriles, todo en suma, seguiría siendo la propiedad de la burguesía, de la misma manera que lo es ahora, y el pueblo pobre continuaría siendo el macho de carga del rico como lo es ahora.

No; el pueblo mexicano debe desoir los cantos de las sirenas patriotas y continuar su obra revolucionaria que es lo que se pretende destruir avivando sentimientos de revancha. Con la conquista de nuevos territorios para sus amos, nada ganará. En México hay tie-

El radicalismo, porque ya nadie le creería, y trata de explotar alguna pasión popular que ponga a las masas a su disposición.

Esa pasión es el patriotismo. Ante la ruina próxima de su reinado, el carrancismo no se tonta el corazón para arrastrar al pueblo mexicano al conflicto internacional. Estudiando todos los datos sueltos que circulan por aquí y por allí, se llega a descubrir que el carrancismo está aliado con Alemania para hacer la guerra a los Estados Unidos. Obrando así, el carrancismo espera que todo el pueblo empuñará la bandera constitucionalista; las ansias revolucionarias serán sustituidas por ardores de conquista y deseos de venganza, y la caída inevitable de la funesta camarilla que dará aplazada indefinidamente.

Bastará, según los sueños carrancistas, con desarrollar ante la vista de los patriotas la perspectiva de una fácil ocupación de Texas, Nuevo México, Arizona, California y demás territorios arrebatados a México en el 47, para que las masas enloquecidas empuñen la bandera tricolor y se lancen a la reconquista de la tierra perdida.

Nosotros confiamos en que el pueblo pobre, el proletariado, tendrá la necesaria sensatez para no dejarse arrastrar a esa loca aventura. Nada tiene que ganar el pobre en una guerra de conquista. Suponiendo que el carrancismo, con la ayuda de Alemania, pudiera apoderarse del territorio que México perdió en otro tiempo, ¿qué ganaría con ello el proletariado? Las tierras, las casas, las minas, las fundiciones, las fábricas, los ferrocarriles, todo en suma, seguiría siendo la propiedad de la burguesía, de la misma manera que lo es ahora, y el pueblo pobre continuaría siendo el macho de carga del rico como lo es ahora.

No; el pueblo mexicano debe desoir los cantos de las sirenas patriotas y continuar su obra revolucionaria que es lo que se pretende destruir avivando sentimientos de revancha. Con la conquista de nuevos territorios para sus amos, nada ganará. En México hay tie-

El radicalismo, porque ya nadie le creería, y trata de explotar alguna pasión popular que ponga a las masas a su disposición.

Esa pasión es el patriotismo. Ante la ruina próxima de su reinado, el carrancismo no se tonta el corazón para arrastrar al pueblo mexicano al conflicto internacional. Estudiando todos los datos sueltos que circulan por aquí y por allí, se llega a descubrir que el carrancismo está aliado con Alemania para hacer la guerra a los Estados Unidos. Obrando así, el carrancismo espera que todo el pueblo empuñará la bandera constitucionalista; las ansias revolucionarias serán sustituidas por ardores de conquista y deseos de venganza, y la caída inevitable de la funesta camarilla que dará aplazada indefinidamente.

Bastará, según los sueños carrancistas, con desarrollar ante la vista de los patriotas la perspectiva de una fácil ocupación de Texas, Nuevo México, Arizona, California y demás territorios arrebatados a México en el 47, para que las masas enloquecidas empuñen la bandera tricolor y se lancen a la reconquista de la tierra perdida.

Nosotros confiamos en que el pueblo pobre, el proletariado, tendrá la necesaria sensatez para no dejarse arrastrar a esa loca aventura. Nada tiene que ganar el pobre en una guerra de conquista. Suponiendo que el carrancismo, con la ayuda de Alemania, pudiera apoderarse del territorio que México perdió en otro tiempo, ¿qué ganaría con ello el proletariado? Las tierras, las casas, las minas, las fundiciones, las fábricas, los ferrocarriles, todo en suma, seguiría siendo la propiedad de la burguesía, de la misma manera que lo es ahora, y el pueblo pobre continuaría siendo el macho de carga del rico como lo es ahora.

No; el pueblo mexicano debe desoir los cantos de las sirenas patriotas y continuar su obra revolucionaria que es lo que se pretende destruir avivando sentimientos de revancha. Con la conquista de nuevos territorios para sus amos, nada ganará. En México hay tie-

Stephens no se inmota, como que a él mismo le retoza la risa; pero para no soltar la carejada, se acerca con los talones la alfombra de la plataforma, da tres o cuatro energías mastucadas al famoso budoque, y dice, al parecer muy formal: "Estamos en guerra; pero no una guerra de conquista ni de odio. Es una guerra por un principio: el principio de la verdadera libertad."

Y tiene que apristar vigorosamente las mandíbulas, para que no se

Stephens no se inmota, como que a él mismo le retoza la risa; pero para no soltar la carejada, se acerca con los talones la alfombra de la plataforma, da tres o cuatro energías mastucadas al famoso budoque, y dice, al parecer muy formal: "Estamos en guerra; pero no una guerra de conquista ni de odio. Es una guerra por un principio: el principio de la verdadera libertad."

Y tiene que apristar vigorosamente las mandíbulas, para que no se

Stephens no se inmota, como que a él mismo le retoza la risa; pero para no soltar la carejada, se acerca con los talones la alfombra de la plataforma, da tres o cuatro energías mastucadas al famoso budoque, y dice, al parecer muy formal: "Estamos en guerra; pero no una guerra de conquista ni de odio. Es una guerra por un principio: el principio de la verdadera libertad."

Y tiene que apristar vigorosamente las mandíbulas, para que no se

En los campos.

Como en otro artículo digo, no son solamente los mexicanos que trabajan en la pieza de naranja los que están en huelga, sino también los empleados en otros trabajos. En Colton, Cal., por ejemplo, los numerosos trabajadores de la fábrica de cementos se niegan a trabajar, demandando

Como en otro artículo digo, no son solamente los mexicanos que trabajan en la pieza de naranja los que están en huelga, sino también los empleados en otros trabajos. En Colton, Cal., por ejemplo, los numerosos trabajadores de la fábrica de cementos se niegan a trabajar, demandando

Como en otro artículo digo, no son solamente los mexicanos que trabajan en la pieza de naranja los que están en huelga, sino también los empleados en otros trabajos. En Colton, Cal., por ejemplo, los numerosos trabajadores de la fábrica de cementos se niegan a trabajar, demandando

Como en otro artículo digo, no son solamente los mexicanos que trabajan en la pieza de naranja los que están en huelga, sino también los empleados en otros trabajos. En Colton, Cal., por ejemplo, los numerosos trabajadores de la fábrica de cementos se niegan a trabajar, demandando

Como en otro artículo digo, no son solamente los mexicanos que trabajan en la pieza de naranja los que están en huelga, sino también los empleados en otros trabajos. En Colton, Cal., por ejemplo, los numerosos trabajadores de la fábrica de cementos se niegan a trabajar, demandando

Como en otro artículo digo, no son solamente los mexicanos que trabajan en la pieza de naranja los que están en huelga, sino también los empleados en otros trabajos. En Colton, Cal., por ejemplo, los numerosos trabajadores de la fábrica de cementos se niegan a trabajar, demandando

Como en otro artículo digo, no son solamente los mexicanos que trabajan en la pieza de naranja los que están en huelga, sino también los empleados en otros trabajos. En Colton, Cal., por ejemplo, los numerosos trabajadores de la fábrica de cementos se niegan a trabajar, demandando